

Diego Erlan

LA DISOLUCIÓN

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LA DISOLUCIÓN

DIEGO ERLAN
LA DISOLUCIÓN

TUSQUETS
EDITORES

Un día ella habló de una película que se llamaba *El sexo de las psicóticas*. Y a partir de ahí entendió que todas las historias de amor se parecen pero cada ruptura es caótica a su manera. Lo dijo y empezó a reírse. En ese momento no supo muy bien de qué se reía pero sus carcajadas retumbaron en la habitación a oscuras. Era un guión que ella había empezado a escribir cuando estuvo internada. Es raro: Simón piensa en ese título al abrirse la puerta corrediza del aeropuerto. ¿No es ella?, se pregunta ante la imagen difusa de una chica que empuja un carrito y ensaya media sonrisa de Rivotril en la cara. Es sábado, de madrugada, pero esa chica no es ella, se dice él en voz alta al verla empujar el carro con tres valijas, una mochila y varias bolsas del free-shop. Y al girar la cabeza hacia la nena que la persigue, tambaleante, con una muñeca en brazos. ¿Nena? No es ella, entonces. No tiene el pelo rapado a los costados, no tiene los gestos desaforados que tenía ella otras madrugadas de otros sábados. Y además tiene una nena que llora y grita. No es un dato menor. No puede ser de ella. Ey, dice la nena que tiene dos o tres años. Digamos tres. La escena para él se vuelve inquietante y justamente por eso no puede dejar de mirarla: la chica besa al tipo que la espera al final de las vallas y la nena empieza a correr hacia ese tipo que (todo

indica) sería el padre y en su corrida (cámara lenta, montaje paralelo) el padre se agacha con brazos abiertos para recibirla al ritmo de alguna canción pop (tipo «Love is All Around» de Wet Wet Wet). Una escena encantadora. La cuestión es que no es ella. De eso quiere convencerse Simón al tratar de espiar en el cuello de esa chica si tiene un símbolo del caos como el que tenía ella. No, vuelve a decirse, mientras observa la escena. De ningún modo coincide esta imagen con las imágenes que a él todavía le queman la cabeza: ella en cuatro con la bombacha puesta y una remera gris con la tapa de un disco de los Clash: *London Calling*.

¿Hace mucho que no lo lavás? El hermano ubica la valija y sus bolsas en el baúl. Simón no responde. Ni siquiera lo mira. Cierra el baúl y abre el auto. Recién adentro dice que no paró de llover desde que te fuiste, más o menos. No seas exagerado, dice el hermano y se acomoda en el asiento del acompañante porque está destruido del cansancio y de las dos horas de espera en la fila de migraciones. Simón acepta que el auto pertenecía al hermano antes de que se fuera pero no tiene ganas de pelearse. Son las cinco de la mañana y en la cabeza todavía retumban los gritos del aeropuerto y los reencuentros acumulados en las horas de espera, después de los retrasos y confirmaciones y encima después de ver una mina que era igual a ella. Debería haberle dicho algo. A la chica. Cualquier cosa. Sólo para escucharle la voz y comprobar que estaba equivocado. Quizás perseguirlos. Que el hermano descubra que nadie lo fue a buscar y que lo llame por teléfono, una o dos veces, y él decida no atenderlo. Seguir a la familia hasta el auto, ob-

servar cómo ubican a la nena en el asiento de atrás y verlos darse un beso mientras el tipo toca el culo de la chica y dice que ni bien lleguen piensa meterle la pija en la boca. Y ella que diga: la nena no se duerme más. ¿Te colgaste?, pregunta el hermano y Simón mueve la cabeza y arranca. Es cierto: debería haber lavado el auto antes de que volviera, pero no lo hizo y no tiene ganas de que nadie (menos él) le diga lo que tiene que hacer en este momento. No le dieron ganas. Punto. Aunque el auto sea de Peter. Tampoco es para tanto: un poco de barro en las alfombras, una botella de gaseosa vacía en el apoyabrazos, fotocopias sueltas en los asientos de atrás. Nada del otro mundo. Cuando paga el estacionamiento, cruza la barrera y agarra la autopista, Simón intenta ubicarse en el carril del medio. La neblina a los costados convierte el horizonte en un paisaje irreal. Simón enciende las luces y aprieta el botón de las balizas. Tendría que haberle mandado un taxi.

—No se ve una goma —dice el hermano.

—¿Adónde te vas a quedar?

—En lo del viejo —responde ya con los ojos cerrados—. ¿Volviste?

—Entré a buscar unos documentos.

—Tenemos que limpiar y ver con qué nos quedamos.

Simón asiente. Y después dice:

—Podés quedarte en casa hoy, tengo un sillón en el living.

—Todo es muy raro —dice Peter y Simón asiente de vuelta y piensa que tal vez mañana, cuando hayan dormido, la cabeza deje de retumbarle. También piensa que no soporta llamarlo Peter como lo llaman sus amigos y preferiría llamarlo Pedro como le dijo siempre. No entiende por qué ahora, al poner quinta y volver a verlo después de

meses, le nace llamarlo de esa manera. Quizás porque en su cabeza quiso ponerle onda.

Ella bailaba después de coger: eso era ponerle onda. Aunque la música hubiese terminado, después de acabar o de quedarse con las ganas, para ella coger era una fiesta y en las fiestas se baila. Lo hacía desnuda arriba de la cama, con la ventana abierta sin importarle que pudieran verla los vecinos de enfrente. Le gustaba que la cogieran de atrás con la bombacha puesta. Al principio esa costumbre a él le resultó incómoda pero ella logró convencerlo. El gesto la excitaba y terminó por excitarlo también a él. Es como si me cogieras a la fuerza, le susurró ella una tarde. Y entonces él aceptó: con esa bombacha blanca y a veces también, como dije, con una remera gris con la imagen de un tipo que rompe su bajo en el escenario. Esa es la foto de *London Calling*. Un recital de los Clash en el New York City's Palladium. La violencia desatada y la fecha: septiembre de 1979. Alguna vez, Simón tuvo el proyecto de reunir todo lo que se había producido el año de su nacimiento: un recital de los Clash, otro de Joy Division que quedó grabado, el estreno de una porno como *Tabú* que todavía preserva en su colección de vhs. Todos elementos que, de algún modo, lo constituyen. Este era otro: el recuerdo de la remera que usaba ella y que había pertenecido al padre. Nunca se ponía corpiño: odiaba la presión.

Baja un poco el volumen de la radio porque el hermano duerme en el asiento del acompañante. Siempre tuvo facilidad para dormirse ni bien sube a un auto o a cualquier

transporte público. Simón pretende concentrarse en el camino pero en realidad imagina al marido encerrado en la habitación después de hacer dormir a la nena, diciéndole al pibe que conocieron en el aeropuerto que se garche a su mujer con la bombacha puesta. Simón mueve la cabeza. Debería haber dormido. Aunque siente un poco de frío abre la ventanilla para despertarse mientras, de lejos, suena en la radio un tema de Charly García.

(¿«Rezo por vos» es mejor que «La ruta del tentempié»? , preguntaba ella en un susurro, como entre paréntesis.)

No importa, decía, los dos temas son extraordinarios: García es un fucking genio. No tengo dudas. Fucking genio, ¿entendés? Y ella fumaba. Se reía. Ella se incorporaba de la silla, descalza como estaba en medio del living, sólo vestida con un pantalón de jean que encontró entre la ropa sucia. Un pantalón todo arrugado, todo deshilachado y demasiado grande para ella porque el pantalón era de él. Y así, descalza y de pie sobre la mesa estaqueada con botellas de cerveza y Fernet, empezó a leer lo que había escrito porque esa noche quería romperle la cabeza.

Frena de golpe el auto en la banquina. Se baja. Y camina a tientas hacia el cartel que dice Río Matanza en busca del bulto que vio desde la autopista. Se dirige hacia la neblina espesa, hacia el paisaje irreal de las zanjas. Pisa un charco y se tropieza con una piedra. De cerca, el paisaje se vuelve más concreto, menos misterioso. Envuelto en la

niebla puede ver los tonos amarillentos del pasto entremezclado con la madrugada, el sueño, el barro. Y en ese lugar el cadáver de un perro. Tiene los ojos abiertos, la boca tesa. Está siendo masacrado por las moscas. Escucha la voz de ella que dice Bu. Escucha la voz del hermano que, a lo lejos, grita su nombre. Un impulso lo lleva a arrodillarse ante el perro y quitarle las moscas. Cuando lo hace, una de las moscas se le mete dentro de la garganta y la sensación le produce arcadas. Otra vez el hermano lo llama. Está más cerca. Intenta arrastrarlo de vuelta hacia el camino. Hay un perro muerto, querría decirle. Hay un perro devorado por moscas y las moscas se le metieron por la garganta y empezaron a devorarlo también a él, que empieza a pudrirse por dentro. Simón levanta la cabeza: la madrugada se aclara y la niebla se disipa y la voz del hermano, cada vez más cerca, cada vez más agitada y nerviosa, que dice Simón y Simón entonces, todavía de espaldas, lo escucha junto a él: —¿Qué mierda hacés?

Ella tenía un tatuaje con el símbolo del caos en el cuello, otro que decía «Bu» en el brazo izquierdo y un tercero bajo la espalda con la frase «Love Will Tear Us Apart». El último que se había hecho en la Bond Street fue una palabra en francés: *mot*. Era el nombre que le quería poner a su banda.

Estacionan sobre Fraga y bajan las cosas del auto. Simón abre las puertas del departamento y, con la luz del amanecer filtrándose por las persianas, se revela una posible imagen de la desolación: platos sucios apilados en la coci-

na, cajas de cartón acumuladas en los rincones, vasos que no pueden despegarse de la mesa ratona, hileras de libros sobre los almohadones del sillón.

—Quizás duerma en el auto —dice Pedro.

Simón trata de acomodar un poco y le dice que no sea pelotudo, que se vaya a su cama, que él, de todos modos, no tiene sueño y trabajará en la computadora.

—Se nota que estás soltero —dice Pedro en la cocina.

—¿Por?

—La heladera está peor que acá afuera —responde con un vaso de agua en la mano—. La heladera y el microondas y las hornallas de la cocina tienen una costra negra que me da miedo.

Simón se ríe y dice que deje de hincharle las pelotas.

—No, en serio, boludo. Mañana tenemos que ir al supermercado. Seguro comés todos los días en la parrilla de los mafiosos de la esquina.

—En Barcelona no conseguís la carne de los gordos.

—Eso es cierto —acepta Pedro y de repente, como si hubiera necesitado ciertos rodeos para llegar al tema, pregunta si no está saliendo con nadie. Simón levanta los hombros y mueve la cabeza. Pedro deja el vaso sobre la mesa y se agacha para abrir la valija. Levanta unas remeras y un pantalón y desentierra del fondo una bolsa roja de La Central.

—¿Y esto?

—Pensé que era obvio, pero veo que todavía sos el más boludo de los dos: es un libro.

—Ya lo sé, forro.

—Sos mi hermano menor. Y a veces me acuerdo de que algunas cosas todavía te interesan. Ahora es mi obligación malcriarte.

Simón abre la bolsa: *Conversaciones con Billy Wilder*, de Cameron Crowe.

El hermano comenta:

—Cameron Crowe hizo todo lo que nosotros queríamos haber hecho, ¿no?

Mientras el hermano duerme en su cama, Simón trata de ordenar un poco el departamento: guardar las fotocopias con reproducciones de pinturas en la carpeta que dice «back» o meter los booklet dentro de las cajas de discos. En el monitor de la computadora en stand by deambula la imagen de la tapa verde de otro disco: *The Boy With The Arab Strap*. Ciertamente. Simón agarra una de sus libretas, busca un lápiz y anota. A ella le gustaba «Sleep the Clock Around» de ese disco de Belle & Sebastian y siempre cantaba una línea que dice «Take a walk in the park, take a valium pill/ read the letter you got from the memory girl». Anota: No tendré dignidad pero tengo estilo, decía ella. Quedan frases, canciones, flashes. Quedan los restos.

Cuando se conocieron ella vivía con la madre en un departamento de tres ambientes en Barracas y escuchaba ese tema una y otra vez, con el volumen al taco. No se cansaba. Las copas del bagueño tintineaban y ella bailaba yendo de la habitación al baño. Simón quiere acordarse la cara, los gestos y sólo puede acordarse de ella en cuatro, de espaldas en su cama, con la bombacha puesta. Y además se le impone la imagen de la chica que vio en el aeropuerto y esa madre, que por algo le hacía acordar a ella, distorsiona el recuerdo hasta empujarlo a lugares de los que resulta

difícil volver. Ella no se llevaba bien con la madre. Peleaban por la música, por el desorden de la casa, por los cigarrillos negros que ella apagaba en las macetas del balcón. La madre decía que los cigarrillos iban a matarle las plantas. Tiene comentarios de vieja chota, se quejaba ella. La madre era joven. Linda. Casi, hasta diría, parecían hermanas. Anota esa última frase y levanta unos libros apilados en el sillón y los pone en el suelo y se acuesta con las piernas sobre el apoyabrazos. Abre al azar el libro que le regaló el hermano. Lee algunas páginas, subraya otras, pero el dolor de cabeza se vuelve insoportable. Es sueño, se convence.

Hubiera querido volver a escuchar la voz de ella pero en cambio escuchó la voz del hermano por teléfono que decía: tenemos que hacer algo. No sabe muy bien qué. Algo. Papá no está bien, le dice. El estrés, el cansancio, la traición: todo eso le pega para atrás y deberíamos bancarlo en esta. Simón lo escucha y asiente. También quiere ayudar pero no sabe cómo hacerlo. Hay que ir y cagarlo a piñas al presidente del sindicato, piensa, y el hermano dice que hace unos días lo acompañó al médico y los análisis fueron un desastre. Todos los valores están mal. Tendrías que quedarte unos días con él, dice el hermano, está demasiado solo en casa y necesita que alguien lo escuche. Simón asiente. Nadie pide que tengas una respuesta, dice el hermano, sólo hay que estar y escucharlo. Bancarlo de noche cuando se despierta. Estar un rato con él y que pueda sacarse, de una vez por todas, la bronca que tiene acumulada. Fueron muchas cosas juntas, dice el hermano, y Simón vuelve a asentir. Es gente jodida, dice el hermano y Simón entonces prefiere mirar hacia la ventana. ¿Me escuchás?

Simón se despierta exaltado. Y otra vez lo mismo: ¿Me escuchás? Voy yendo a lo de papá para acomodar las cosas, dice Pedro, que ya se duchó y termina de cambiarse en la cocina tomando agua.

Había ido a ver una película y después Simón visitó al padre. Estaba sentado en el silloncito, junto a la ventana, los brazos apoyados en una mesa redonda. Hablaron durante dos horas. De nada. El padre no lo escuchaba. Se quitaba los anteojos, los dejaba sobre la mesa y agarraba una servilleta de papel. Después buscó un lápiz casi sin punta y escribió: uno. Dejó el lápiz, volvió a ponerse los anteojos y dijo que a ellos no les gusta hablar por hablar. Se quitó los anteojos —los sostenía del medio— y dijo que ellos son así, que con ellos no se negocia porque son gente jodida, y trataba de explicarle que la situación era muy particular, digamos, y escuchame bien lo que te voy a decir (Simón se acuerda de que se quitaba los anteojos, lo señalaba y volvía a ponérselos): tengo que preparar una estrategia. Simón busca la libreta y una birome. No podía hacer otra cosa más que concentrarse en los anteojos, en las manos y en esos ojos vacíos que lo miraban fijo cuando el padre decía: escuchame. Y lo decía cada dos minutos como si no supiera qué más decir.

Cuando llega a la casa del padre en la calle Paraguay, el hermano ya tiene todo organizado: las bolsas de consorcio, las cajas, la cinta de embalar y un marcador negro para

indicar el contenido de cada bulto. Acomodadas junto a la pared, están dispuestas las cosas que podrían quedarse: botellas de brandy, ron y whisky cerradas; la silla del escritorio y la mesa; los sillones van a venderlos y también los muebles del living.

—Si querés podés quedarte con la máquina de escribir —propone Pedro y Simón se pregunta para qué carajo quiere una máquina de escribir rota. De todos modos no dice nada y Pedro señala un cuadro con nudos marineros. ¿Qué hacemos con eso? Simón levanta los hombros y mira a su alrededor la casa de la infancia: el empapelado de flores doradas, los zócalos de madera, el bar con luces en las vitrinas, la reproducción del cuadro de Turner enmarcada en madera y el gobelino desteñido con una escena de los tres mosqueteros de fiesta en un prostíbulo. O al menos así decía el padre. Estaba convencido de que, en algún momento, iba a conseguir vender esa tela por una fortuna.

La voz de una chica, desde la habitación, dice que deberían decidir qué hacer con la ropa. Es fuerte, comenta, todavía tiene su olor.

Pedro siempre tuvo una inexplicable habilidad para mantener relaciones amigables con las ex novias. Ellas solían estar cerca. Para levantar la casa del padre muerto o para coger un viernes sin programa. Muriel es modelo y ahora, en short y remera blanca, con la bolsa de consorcio en la mano, saluda a Simón con un beso y le dice que podría encargarse de los libros de la biblioteca.

Muriel dice:

—Silvina Bullrich, ponele, ya fue, ¿o no?

No se acordaba de que el padre fuera tan lector de Silvina Bullrich. Tiene *Los burgueses*, *Los salvadores de la patria*, *Mal don*, *Su excelencia envió el informe*. No es lo úni-

co. Hay colecciones de fascículos: una con ilustraciones de grandes barcos y otra sobre las guerras que marcaron la historia. Reconoce el libro de Hormiga Negra (*Nauticomio*) que le resultaba gracioso. Hay un ejemplar sin tapas de *Crimen y castigo*. Un libro sobre el Triángulo de las Bermudas de Berlitz, con el que Simón supo fascinarse también de chico, y una edición algo maltratada de *El hombre demolido* de Alfred Bester. Se detiene cuando llega al ejemplar de *Un amor*, que nunca había visto en la biblioteca del padre. Hojea la novela de Buzzati, observa la ilustración en tonalidad ocre donde aparece en primer plano un tipo de corbata y sobretodo, alguien abatido, que parece uno de esos conflictuados detectives de los años cincuenta y, en segundo plano, una mujer desnuda, recostada en la cama, con el brazo derecho que le sostiene la cabeza. La edición es de 1976. Le resulta extraño encontrar el libro en este departamento, justo el día en que creyó verla en Ezeiza. El recuerdo no lo deja en paz. Ella insistía para que leyera ese libro.

(Es la paranoia, son los celos: el amor todo junto.)

Decide ubicarlo en la pila de libros con los que piensa quedarse y después atraviesa el pasillo hasta la habitación del padre. En el camino esquiva bolsas de consorcio llenas de papeles, una máquina de coser que había sido de la abuela, ese cuadro con dibujos de nudos marineros que el padre guardaba sin sentido. Y al cruzar la última puerta, Simón descubre al hermano sentado en el suelo, la espalda apoyada contra la puerta del placard, los brazos sobre las

rodillas flexionadas, mientras Muriel intenta consolarlo. Nunca vio llorar al hermano y el hermano no quiere que lo vea en ese estado. Hace el gesto estúpido de que le entró algo en el ojo. Simón improvisa que llevará unos libros a vender y que después vuelve para seguir con lo demás. Dale, dale, apura el hermano mientras se refriega el ojo con uno de los dedos, y pide que baje también algunas bolsas de basura para ir despejando los ambientes.

No está muy lejos del Club Burton. El dueño lo saluda con una mano porque con la otra sostiene el teléfono inalámbrico. Siempre habla de lo mismo: geografías imaginarias, vagabundos místicos, poetas maricones o películas de Audrey Hepburn. Simón señala que deja algunos libros para vender y se sumerge en la mesa de naufragios. Busca ese libro sobre John Cage que había visto la semana anterior. ¿*Silencio*? Mientras revuelve la mesa se acuerda, no entiende muy bien por qué, de lo que leyó en el libro de Cameron Crowe: que Billy Wilder llevaba, en su libreta de apuntes, docenas de encuentros entre un hombre y una mujer que luego utilizaba para las comedias románticas. Simón también sabe que Wilder las llamaba comedias excéntricas, porque los encuentros debían tener algo de lógica pero al mismo tiempo ser casi imposibles. Sería casi imposible, entonces, que a Simón se le impusiera la imagen de ella en estas circunstancias, ya que esto no es exactamente una comedia excéntrica. Y capaz no fue nada de lo que dijo el librero por teléfono ni la imagen de la ex del hermano en short y remera, sino un proceso azaroso lo que lo llevó de la casa del padre hasta el Club Burton y al encuentro, este sábado, del catálogo de una exposición que aún tiene rastros de moho y páginas rígidas por el agua. En la tapa aparece la foto de un insecto aplastado

y el título: *Linneo*. Las fotografías pertenecen a Ramón Ávila.

Ella sostenía que Ávila también era un fucking genio. Aunque fuera un energúmeno y un sinvergüenza y la invitara a tomar el té en el Alvear sólo para cogérsela. Hablaba de Ávila mientras veía algunas imágenes que el tipo le mandaba por correo. Nunca se lo presentó. Nunca se lo cruzaron en la calle.

Abre el catálogo y lee, en la segunda página, el texto de Max Jacoby, curador de la muestra en el sótano de la galería Kisinovsky. Dice: Ramón Ávila es un mito. Figura esquiava del under porteño de los años ochenta y fotógrafo excéntrico en la escena artística alrededor de la galería del Rojas en la década siguiente, nunca, hasta ahora, había expuesto sus imágenes. Sin embargo, todavía hoy son recordados sus trabajos sobre los comienzos del punk argentino y sus crónicas alucinadas sobre la Isla Maciel que supo publicar en las páginas de la revista *Bronca*. Estas fotografías que conforman *Linneo* llegaron a mis manos en treinta sobres, uno por día durante un mes. Desde el primero supe que estas imágenes debían terminar siendo una muestra. Ávila decía no tener teléfono. No poder reunirse de ningún modo. Mantuvimos durante meses un intercambio epistolar escueto y lánguido que Ávila prohibió publicar, pero fue en una de esas cartas donde impuso el título de la exposición. En *Linneo* hay una cita ineludible a Carl Nilsson Linneo, naturalista sueco especializado en la observación de insectos, que clasificó y dividió las especies en el sistema

que continúa hasta la actualidad. Y se trata de fotografías de insectos aplastados, que articulan, entre lo horrendo y lo kafkiano, un catálogo estremecedor del desastre contemporáneo. Es el fin, parece decir Ávila. Todo ha muerto. Hasta la vida que sobrevivió durante millones de años en un mundo hostil. La acumulación de imágenes de insectos aplastados acentúa este espíritu. Ninguna especie es igual a otra. Los insectos, incluso, podrían ser nuestros reflejos. Eran bichos que me rompían las bolas, señaló Ávila con frialdad en una de sus cartas. No sé si creerle. Linneo fue un agudo observador de la naturaleza que solía acompañar a Humboldt en sus viajes por América. La historia cuenta que en una de esas exploraciones por el Amazonas se encontró con un insecto que, por sus características, arruinaba todo su trabajo ya que no entraba en ninguna de sus clasificaciones. Se dice entonces que Linneo, amargado por el descubrimiento, depositó el insecto en el piso y lo aplastó con su bota. Quizás la historia sea un invento. O tal vez Ávila quisiera emular a Linneo. Cuando se lo pregunté en una carta, el artista no respondió más. Intenté buscarlo, pero no pude dar con él: en la dirección del remitente había unas canchas de fútbol donde nadie conocía su nombre. Ahora pienso que tal vez Ramón Ávila jamás existió.

Simón observa las imágenes con el secreto anhelo de encontrar allí alguna clave. Ella siempre quiso retratar al viejo, pero Ávila nunca se dejaba. Sostenía que las imágenes eran como vampiros: le chupaban el misterio. Por eso había dejado la fotografía. El viejo, según ella, se parecía a García en varios aspectos: en la genialidad, en las pastillas y en que un día ambos decidieron, por los motivos que fueran, tirarse desde un noveno piso. Y los hijos de puta habían sobrevivido.

Alguna vez, dijo ella esa noche, hay que animarse a dar el gran salto.

No sólo ella se lo decía. Hace unos días, en la mesa del buffet del canal estatal donde Simón tiene un puesto de guionista gracias al padre, un amigo camarógrafo le dijo que empezaran la película sin importar nada más: yo creo en vos, le dijo, yo a vos te sigo. Y se acuerda de las lágrimas del amigo borracho que lloraba porque no aguantaba más el maltrato del canal hacia los empleados. Y se acuerda también de las lágrimas que hubiera querido derramar él y su incomodidad para hacerlo. De la garganta muda, de la sinapsis defectuosa intentando dar algún tipo de explicación, algún tipo de esperanza. El amigo lo agitaba a levantarse y renunciar porque algún día, flaquito, tenemos que dar el salto.

Dice basta. Es ella o la casualidad pero una energía oscura vuelve a incorporarla al presente como si no se hubiera ido nunca. Vuelve a su departamento, prende la computadora y entra a chequear mails. Ni uno. Decide escribir el nombre de ella y se alinean, en la bandeja de entrada, con el vértigo de los reencuentros, todos los mails enviados y recibidos durante esos tres meses de relación. No los abre. Simón acepta haberse convertido en un imbécil. Debería mandar todo a la mierda, hacer como el hermano y llamar a alguna ex para coger. Sólo coger: una descarga de energía en presente continuo. Liberar tensio-

nes, pasarla bien, fumarse un porro y dormir. Hace días que no puede dormir. No dormir cansa pero más cansa no coger. Se levanta de la silla y llega hasta la cocina, abre la heladera y saca la botella de agua. Toma del pico. En la puerta de la heladera permanece pegado con imanes el menú que ella confeccionó al poco tiempo de convivir. ¿Confeccionó? Querría dejar de pensar como un pelotudo. ¿Convivir? Fueron tres meses, cierto, pero hay que decir que ella convivió con él en ese departamento de dos ambientes y editaba sus imágenes en la Mac apoyada en la mesada de la cocina porque era el único lugar donde podía fumar. Abre el freezer. A pesar de la escarcha y los pots de helado vacíos, reconoce un tupper con el guiso de lentejas que cocinó ella una noche de frío y lluvia. Tirada a un costado, entre la mugre que acumula la periferia de la heladera, encuentra una página de revista con la publicidad de una marca de ropa: la típica fantasía masculina (¿o femenina?) de dos chicas con el pelo revuelto como si hubieran acabado de coger. Ella había trabajado en esa marca. A pesar de su discurso anticapitalista aceptaba sin dudarle que era la consumidora perfecta de la marca. Todo en esa imagen podía describirla (incluso los ojos como apaches, el pelo revuelto, la cara del día después de coger). Deja la botella de agua en la mesada, camina por el departamento y se encierra en el baño. Piensa en masturbarse pero masturbarse cansa aún más que no coger. Abre la canilla y se moja la cara. Se mira al espejo. Ha visto esa escena millones de veces y le parece un lugar común. Prefiere agarrar una gillete y afeitarse la cabeza aunque esa escena también la haya visto mil veces pero de algunos sentimientos sólo quedan los lugares comunes. Aprieta la gillete sobre el cuero cabelludo y puede ver la sangre surgir de la cabeza. Arde.

Quizás así deje al menos de latirle. Desde que ella se fue piensa en la película que nunca filmó. Y el primer plano podría ser el epílogo: una bombacha blanca colgada en la ducha. Simón anota: Quedan astillas de felicidad en los vidrios rotos del quilombo.

Esa imagen. Una bombacha en la canilla de la bañadera que otra chica encuentra al lavarse con el bidet y, al hacerlo, grita que es un desubicado. Y también que nunca más podrán volver a estar juntos. La ex se lo dice y grita. Aunque Simón esté dormido y arrastre el sueño nebuloso de la historia entre él y ella, el sueño de una relación de tres meses que Simón todavía acumula como sedimento en la resaca de su cabeza al dormir y al coger y al escuchar decir a la ex que es de mal gusto tener colgada en la ducha la ropa interior de otra mina cuando ella intenta limpiarse todo su enchastre. Es de mal gusto (dice la ex) tener colgada la bombacha de otra piba como si fuera un trofeo de guerra cuando ellos acaban de coger. Aunque de esa manera pueda darse cuenta, de una vez por todas, que entre ellos dos no queda nada: ni siquiera un poco de afecto. Simón no entiende de qué le habla cuando ella prende la luz y empieza a vestirse y dice que simplemente es de mal gusto, nada más, simplemente eso: será mejor que me vaya, dice la ex, porque no tiene mucho sentido seguir con todo esto. No tiene nada más que hacer en su vida y entonces Simón piensa que tal vez ella tenga razón y pregunta la hora. Es hora de irme, responde la ex. Y Simón no lo dice pero la bombacha no es lo único que queda. Piensa también en el buzo gris con una mancha de café en la manga y en la remera negra con el logo de Jack Daniel's arrugada en el cajón

de las medias. Piensa en las zapatillas y en la única bota negra número treinta y seis cubierta por el revoque de la pared que empieza a caerse por la humedad en los rincones del departamento. Piensa en la lapicera negra sin tinta, en el marcador azul indeleble para escribir sobre los discos vírgenes que ella había dejado en el escritorio lleno de tierra el día que se fue.

Vuelve a la computadora y, en la oscuridad del living, busca entre sus archivos la carpeta que dice: *mot*.

Ellas bailan en el Sputnik. Y el tema con el que se levantan de su mesa es «Bizarre Love Triangle» de New Order. Se volvían locas con ese tema porque decían que era una extraña forma de redención. Y la amiga, en esa imagen en silencio y en cámara lenta, baila junto a ella y la sigue cada vez que ella se levanta y quiere ir al baño inmundo del Sputnik, donde las chicas aspiran merca arrodilladas frente a la tapa del inodoro, y la sigue cada vez que ella, la chica que tiene el símbolo del caos tatuado en el cuello, la chica que cierra los ojos pintados de negro, la chica con zapatillas de lona y musculosa blanca y una pulsera de cuero con tachas de metal, se levanta para bailar ese tema, o por cualquiera de los temas que pudieran sonar de García, pero esta vez, en esa noche de hace meses, ella se incorpora por ese tema y por nada más. Se incorpora y baila. Y él se acuerda, porque mientras la veía ella dejaba escapar algunas lágrimas. Ella, en su recuerdo, baila y llora al mismo tiempo, y Simón, que está frente a su computadora y lo que lee es una página de word de un guión inconcluso donde se di-

suelve la bruma y el humo de bar, sostiene para sí mismo que esa es una de las imágenes más hermosas que jamás haya visto en su vida. Le pareció conmovedor en ese momento y le resulta conmovedor aun ahora, después de haberla conocido, después de haber estado con ella esos meses donde se mezclan las hipótesis y las cervezas y los correos y los llantos y los mensajes de texto con tres palabras: amor dame bola. De todos modos piensa que tiene sentido. Todo esto. Tienen sentido las lágrimas porque esas lágrimas nunca dejan de tener sentido, se dice él en voz baja, se dice él ahora en el living a oscuras mientras se acuerda que la chica, con ese tema de un triángulo de amor bizarro, fundía la imagen en una belleza estremecedora. No era el tatuaje. No eran sus tachas. No eran sólo esas lágrimas que teñían de negro la mejilla. Era otra cosa. Y él se acuerda que quiso acercarse y preguntarle por qué lloraba. Pero más que nada: por qué lloraba al bailar ese tema. Quiso intentarlo una vez más y preguntarle por qué, y acariciar una de esas lágrimas negras y probar esa lágrima como si fuera la única de todo ese lugar, como si esa noche nadie más llorara en el mundo. Fue en ese instante, justo cuando él decidió acercarse, que ella lo señaló y abrió los ojos y abrió la boca y gritó: ¡Yo a vos te conozco!

Simón pensó que ella se equivocaba.

Ella tenía razón. Fue una noche en la que tocaba una banda que le gustaba (era Él mató a un policía motorizado) en el sótano de Unione e Benevolenza. Simón sostenía su cámara tratando de grabar un documental sobre la escena de música indie. Y entonces pudo verla. Ella: cerca del escenario con una cámara de fotos, el jean despedazado en

las rodillas y un pullover rojo, cruza de ejército de salvación y vestuario de MTV. Ciertos detalles (por ejemplo que ella se arrastrara por el piso, que ella vistiera con ropa encontrada en los canastos del ejército de salvación, que ella sacara fotos a la banda como si en eso se le fuera la vida) empezaron a fascinarlo. Simón quiso acercarse y preguntarle quién era pero ella cantaba como si estuviese en transe. Simón preguntó si podía filmarla y ella dijo que si llegaba a prender la cámara se la rompía en pedazos. Preguntó si trabajaba para algún medio y ella respondió que no trabajaba para nadie. Simón quiso saber más sobre ella y ella dictaminó que no había nada más. Quién sos, preguntó Simón, y ella dijo que sólo era amiga del guitarrista.

Todavía guarda entre sus archivos imágenes de ella con la cámara colgada al cuello, el pelo adherido a la frente por la transpiración y los brazos extendidos hacia el escenario.

Sonaba «Mi próximo movimiento» cuando a Simón se le fue de cuadro. Sacó los ojos de la cámara y la buscó entre la gente durante un rato. Y al rato se alejó hasta la barra y volvió a verla. Ella pedía una cerveza de litro acompañada por un viejo de sesenta con los pelos blancos (y electrificados) y una remera de la Velvet Underground. Simón no sabe por qué gritaba el viejo pero decía que se hicieran coger por el orto y ojalá les acabaran en la boca con mierda. El viejo estaba puesto, se acuerda Simón, y la chica se parecía (demasiado) a Cat Power.

Bajo la ducha, Simón mira la bombacha blanca colgada de la canilla. Está húmeda. Junto a la toalla de mano todavía queda el secador, el cepillo de dientes, el shampoo, la crema de enjuague y el desmaquillante. En la cabeza de él todavía se esconde esa noche que volvió a verla. Era sábado. Era linda. Se parecía a Cat Power y estaban en el Sputnik. Simón no dejaba de mirarlas ni de tomar cerveza. Cuando ella se dio vuelta, lo señaló, dijo que ella a él lo conocía, lo agarró de la mano y decidió: tenés que sentarte con nosotras. A Simón no se le ocurrió contradecirla.

Parecía una comedia excéntrica de Wilder. La siguió por el pasillo del bar mientras ella no dejaba de hablar con la amiga ni de limpiarse los ojos con el antebrazo. Mientras caminaban, Simón escuchó aquello de la redención y de lo que nunca nadie más había entendido. Ella hablaba con la amiga como si estuviera en trance. Simón quiso entender un poco más pero ellas no respondían a sus preguntas, seguían ese camino zigzagante de la mano y esquivaban gente y abrazos y empujones hasta llegar a la última mesa al final de la barra junto a la pared. Lo presentaron: Martín este es Simón, un nuevo amigo. El tipo surgió de repente detrás de la bruma del bar. Ninguno entendió demasiado lo que sucedía pero Martín ya le estrechaba la mano. Ninguno de los dos habló mientras ellas seguían en sus cosas. En la mesa había una botella de cerveza vacía y tres vasos. Simón apoyó el suyo y preguntó si estaban para otra. Aceptaron. Volvió con la botella abierta y quiso confirmar los nombres. La amiga se llamaba Agnieszka pero le decían Agnés. ¿Y ella? Monserrat.

Había una canción de Cat Power que últimamente la tenía obsesionada. Hacía tres semanas que no dejaba de escuchar «Back of Your Head»: los rasguídos de la guitarra me parten la cabeza y la voz de esta pendeja de mierda, en un mal día, puede dejarme temblando en posición fetal.

No. Posición letal, decía ella.

Tomaron tres botellas de cerveza y hablaron de música y de discos y del corte de pelo que ella se había hecho esa tarde, según dijo casi igual al de la Valentina de Crepax. ¿Quién?, preguntó Simón, y ella explicó que era el personaje de una historieta erótica de Guido Crepax. Una fotografía. Aunque asintió, Simón nunca la había leído. Martín se levantó para salir a fumar y ella quiso acompañarlo. Antes de llegar a la puerta, de repente y con el impulso de esos gestos típicos de las películas de Linklater, saltó hacia la espalda de Martín para que él la sacara por la puerta como si hubiera ganado el campeonato del mundo o agitara al público en un recital de la banda que nos gusta.

Agnés, mientras tanto, cantaba. Simón quiso saber si las dos eran amigas de Martín o si capaz acababan de conocerlo como a él. Agnés abrió los ojos y dejó de cantar. Se dio vuelta para mirar hacia la puerta y anunciarle, como si fuera evidente, que esa semana Martín y Monserrat habían decidido casarse.

Se quedaron en esa mesa hasta que cerró el bar. Monserrat y Agnés insistieron para que Simón fuera con ellos

en taxi. Aceptó. Ni bien subió al auto, Monserrat le pidió al señor taxista, así le dijo, que dejara ese tema que sonaba en la radio: «Sleep the Clock Around». Simón preguntó si habían estado en el recital de Belle and Sebastian y Monserrat respondió que no fue porque le molesta deprimirse. Pero si hubiese sabido que iba a caer en el pozo del conejo de todas formas entonces hubiera ido igual. Y empezó a cantar ese tema. Simón trataba de esquivar el reloj en cada frenada del auto. Martín bajó la ventanilla porque necesitaba fumar. Agnés atendió una llamada y le pedía por favor a Monserrat que dejara de cantar porque no escuchaba un carajo. Sin embargo ella cantaba cada vez más fuerte. Le cantaba al taxista que esperó un par de cuadras hasta que le pidió que no le gritara en el oído y le avisó que si seguía cantando iba a bajarla de las mechas. Monserrat dijo uy uy uy como si lo estuviera cargando y el siguiente tema fue uno de Regina Spektor. Ella pidió que la disculparan pero la música para chicas depresivas que le gusta al taxista la empuja a cantar también este tema (era «Better») y, sin importarle nada (ni la charla de su amiga ni las molestias del taxista), cantó el tema hasta que el taxista no soportó más y frenó de golpe en una esquina. Simón cabeceó el reloj de una vez por todas y escuchó que el taxista amenazó que si no se bajaban ya mismo del auto les rompía la cara con el matafuegos. Martín dijo que se tranquilizara porque éramos nosotros los que podíamos romperle la cara a él. Simón se quedó en silencio en el asiento del acompañante, agarrándose la cabeza, mientras el taxista salía del auto revoleando el matafuegos, diciéndoles a todos que se bajaran de una vez. Se detuvo otro taxista y preguntó si necesitaba ayuda y el taxista respondió que tenía a un par de borrachos que le querían romper las pelotas toda la noche. Martín

bajó del auto y explicó que estaban tranquilos en el auto hasta que este tipo paranoiqueó mal. Monserrat salió atrás de él y le dijo que ella sólo estaba cantando y que no estaba prohibido cantar. También bajó Simón y dijo que se fuera a la concha de su madre y se metiera el auto en el reverendo orto. Y empezó a caminar seguido por Martín y Monserrat y Agnés, que trataba de explicarle al tipo con el que hablaba por teléfono que un taxista había querido romperles un matafuegos en la cabeza. Monserrat desató una carcajada y comentó que había sido la única manera de viajar gratis un par de cuabras. Martín asintió: Hubieras esperado a estar más cerca de casa.

Agnés hablaba todavía por teléfono en el balcón. Simón, Monserrat y Martín fumaban porro frente al televisor clavado en uno de esos programas de juegos nocturnos. Se divertían con los gestos de la mina que lo conducía. Monserrat, sentada en el medio, decía que no podía tener semejantes tetas. Que eso era lo único que hacía: mover las tetas, porque decir, no decía gran cosa. Ese fue un casting de tetas, dijo Monserrat esa noche y a Simón le dio un ataque de risa. Y riéndose empezó a quedarse dormido en el sillón.

Cuando despertó estaba solo en el living a oscuras todavía con la televisión encendida. Se oía la música de mierda de un canal latino. No vio a nadie por ningún lado. Apagó el televisor y avanzó por el pasillo, entró al baño, se desabrochó el pantalón y empezó a mear. Tiró la cadena, limpió el borde del inodoro con lo que quedaba de papel higiénico y mientras la mochila volvía a cargarse escuchó unos gemidos que venían de la habitación. Se lavó la cara, sacó el celular para saber la hora y salió. No tenía las llaves

de abajo para irse. Llegó hasta la cocina, abrió la heladera y sólo encontró la mitad de un tomate, dos cervezas de litro, un plato con tres porciones de pizza y una botella de agua. Agarró el agua y tomó del pico. Después sacó la cerveza y buscó un destapador. Abrió los cajones y nada. Se la llevó hasta el living. El destapador tampoco estaba ahí. Fue hasta el balcón. Dejó la botella en el piso y se sentó en una silla. Calculó que estaba en el séptimo. No tenía idea cuánto había dormido. Eran las seis. Pensó que debería haber espiado un poco más las habitaciones. Tal vez Agnés durmiera en la habitación del fondo. Porque el departamento tenía dos o tres habitaciones. Seguro. Y un balcón enorme. Tenía todo eso y un encendedor transparente en la mesa del comedor, pero Simón no podía encontrar por ningún lado el destapador para la cerveza. Pensaba en esa paradoja todavía con el efecto del porro que había fumado y un hambre rapaz, cuando se le ocurrió que tal vez quedara un poco más de marihuana en la mesa ratona. Al girar la cabeza vio que Monserrat caminaba descalza hacia el balcón en musculosa y pantalón de jogging. No tenía corpiño, estaba transpirada y buscaba el encendedor y los cigarrillos.

—¿Qué pasa que se terminó la música? —preguntó al sentarse en la silla junto a Simón.

—Acabo de despertarme.

—Te dormiste. Ese porro te liquida, ¿viste?

—No había comido nada.

—Quedó un poco de pizza.

—Vi. Pero no alcanzaba para todos.

—Podrías haber ido a comprar medialunas. Así te ganas nuestro afecto.

—Debe estar todo cerrado.

—Como la cerveza. ¿Por qué no la abriste?

—No encuentro el destapador.

—Con el encendedor, papanatas. Pasá.

Simón le alcanzó la botella y Monserrat hizo palanca hasta que la chapa saltó, rebotó varias veces en el suelo y cayó hacia la vereda. Simón levantó las cejas.

—Es maña. Y tabaquismo.

Monserrat señaló que le pasara los vasos que estaban en el suelo y Simón agarró la botella para servir. Ella agradeció la caballerosidad, que a esta altura de su generación de atorrantes en la que le tocó nacer está abandonada. Sacó un cigarrillo del paquete que encontró junto a la ventana y lo encendió. Simón preguntó si el departamento era de Martín.

—Era de los viejos. Palmaron en un accidente.

Simón tomó un trago de cerveza.

—¿Y Agnieszka? —preguntó.

—No me hables de esa perra.

Monserrat fumaba abrazada a sus propias piernas. Miraba los edificios de enfrente.

—Pensé que eran amigas —dijo Simón.

—Es mi hermana del alma. Pero eso no quita que no sea una perra.

Apoyó la mejilla izquierda en su rodilla y lo miró.

—¿Y vos?

—Yo, ¿qué?

—¿Pensás que es una perra o no?

—Ni idea.

—Muy difícil no es.

Monserrat volvió a darle una pitada a su cigarrillo. Y soltó el humo.

—No, bobo, te pregunto vos en qué pensás.

—Que todavía no me dijiste quién carajo sos.